

# Noche estrellada

Oscar Iriani Montes



Image not found.

# Capítulo 1

## **NOCHE ESTRELLADA**

Cuando el tren entró a la ciudad, unas pocas luces se veían por la calle. A los costados de la estación, algunos negocios permanecían aún abiertos esperando ofrecer sus mercancías a los pasajeros del último convoy. Al escuchar la señal del conductor indicando que podíamos desembarcar, tomé mi morral y bajé del carro. Crucé la plaza principal y traté de conseguir algún medio de transporte que me llevara al pueblo, sin embargo el carruaje de las diez había salido hacía pocos minutos con sus últimos pasajeros.

— *Creo que tendrá que caminar, pero le tomará al menos un par de horas llegar hasta el pueblo; quizás sea mejor que se aloje esta noche en el hostel que está frente a la estación y retome su camino mañana a primera hora* — me dijo el dueño de la posta, mientras baldeaba la orina de los caballos que impregnada los adoquines.

Después de tanto tiempo lejos, podría haber esperado perfectamente hasta la mañana siguiente; quizás tomar una copa de whisky y fumarme un par de cigarrillos junto al viejo André, el dueño del bar, sin embargo la ansiedad del reencuentro me empujó a enfilarse camino arriba de inmediato.

No fue sino hasta pasada la medianoche que vi aparecer el pueblo detrás de la colina. El cielo se mostraba de un azul profundo e intenso; la luna menguante proyectaba su luz ámbar por todo el lugar y las sombras de los árboles manchaban los campos alfombrados de alfalfa. Un mar de estrellas miraba este escenario; eran miles de ojos que parpadeaban al ritmo de la brisa, y las copas de los árboles que bordeaban el camino, se mecían torpemente.

Cuando vi la enorme roca sobre la que se anunciaba el pueblo a solo cinco kilómetros, como un destello se me apareció el último encuentro que tuve con Antonia.

Habíamos salido de la casa de sus padres al poco rato de la puesta de sol; los techos de las casas se recortaban en desorden frente a la cálida luz que cerraba el día; solo un par de nubes gruesas y arremolinadas amenazaban esta simetría perfecta, y hacían prever la llegada de un aguacero.

No había tiempo. Teníamos que llegar a la ciudad y ver la manera de salir de ahí para siempre, sin embargo, los suaves pastizales y la frescura de la brisa nocturna nos llevaron a olvidarnos de todo y de todos. Nuestras miradas se juntaron y, en una silenciosa complicidad, nos

fundimos en un abrazo íntimo y apasionado, cargado de emociones y deseos; un abrazo que, por cierto, fue mucho más que eso.

## Capítulo 2

Mientras la imagen de Antonia se diluía detrás de las montañas, recordé la carta que recibí de don Jonás, el médico del pueblo.

Le había costado mucho dar con mi paradero. Él sabía que me había enrolado en el ejército, y que esa había sido mi forma de huir y olvidar todo lo que había pasado esa noche. Finalmente, gracias a la señorita Silverstein, se enteró que luchaba por sobrevivir en uno de los hospitales de campaña instalado a poco más de cien kilómetros de Saint Paul.

La señorita Silverstein era una de las enfermeras voluntarias del lugar; alta, gruesa, de rasgos fuertes, piel muy blanca y ojos profundos. Su enorme amabilidad y preocupación por los heridos, le había significado ser nombrada enfermera jefe del hospital. Apenas recuperé la conciencia, comenzó a interrogarme — “¿Cuál es tu nombre? ¿De qué unidad vienes? ¿Recuerdas lo que pasó en el campo de batalla? ¿De dónde eres?” — Al enterarse que venía del poblado de Saint Paul, su rostro se iluminó; conocía a varias familias que vivían allá, entre ellos al doctor Jonás Weiss. Habían crecido juntos en un pequeño poblado al suroeste de Rusia y, junto a otras familias judías, habían tenido que huir del Ejército Blanco del Zar.

En su carta, don Jonás me contó de Antonia y todo lo que pasó luego de esa noche.

“...Sus padres insistieron en que se tenía que casar con Esteban; que tú no estabas a la altura y que una mujer como ella no podía darse el lujo de elegir por amor; menos aún, teniendo una oportunidad como ésta. Solo él era digno de desposarla...”

Obviamente, era un matrimonio por conveniencia. Esteban era hijo del mercader más respetado de Saint Paul, y su familia ya participaba de encuentros burgueses y de la alta sociedad, codeándose habitualmente con las familias más nobles de la región. Era una excelente oportunidad para Antonia, pero principalmente para ellos; lograr un lugar reconocido en la sociedad, y por qué no, una mejor condición económica; eso, yo no se los podría dar jamás.

“...Se pusieron furiosos cuando se enteraron que Esteban los había encontrado semidesnudos en medio de esa pradera ¡Gritaban las penas del infierno! y por supuesto, justificaron de sobra la violencia con que Esteban te castigó aquella noche; era, según ellos, un derecho; una forma de hacer justicia por violar su honra, la de Antonia, y la de toda la familia. Por suerte, iba acompañado de aquellos dos gendarmes que evitaron que te golpeará hasta la muerte ¿En qué estaban pensando? ¿Por qué no huyeron de inmediato a la ciudad? ¿Por qué se quedaron en mitad de

camino?...ifue una insensatez!...”

Tendidos sobre la hierba, acariciaba el pelo suave y rizado de Antonia. Su aroma se mezclaba con el de las flores que se ocultaban bajo la oscuridad de la noche. Nos habíamos amado por primera vez, intensamente.

Mientras alucinaba imaginando nuestra nueva vida, apenas sentí los pasos de la sombra que se me abalanzaba encima. Con agilidad me golpeó un par de veces. Traté de levantarme, y mientras escuchaba los gritos de Antonia, volví a recibir un puntapié que me fracturó dos costillas. Perdí el aliento, y junto a eso el coraje. No fui capaz de reponerme. A horcajadas veía con desesperación como Esteban se la llevaba a rastras, mientras los gendarmes me daban algo de tiempo para luego escoltarme a tirones al calabozo. A los pocos días, me liberaron sin tener mayores razones por las que retenerme. Tomé lo poco que tenía y me fui; no era capaz de ver como la perdía.

“...Pese al dolor que le causaba tu partida, Antonia enfrentó el altar con una leve sonrisa, y no era a causa de desposarse con Esteban. Tenía tres meses de embarazo, y tanto ella como yo sabíamos que el responsable no era su futuro esposo. Para cuando él se enteró, ya era demasiado tarde; su orgullo no estaba dispuesto a aceptar una deshonra como esa, pero tampoco a quedar como un imbécil frente a la gente del pueblo. No le quedó otra más que reconocer a tu hija como propia. La llamaron Sofía; igual que la madre de Antonia.

Fueron dos años terribles. Esteban le hacía la vida imposible a Antonia. Cada vez que veía el brillo de los ojos de Sofía, te veía a ti...”

Mientras leía y releía esas líneas, parecía que el alma me volvía al cuerpo. No lo podía creer... ¡teníamos una hija! En ese momento comprendí la razón de seguir vivo y no estarme pudriendo junto al resto de mis compañeros en el campo de batalla.

## Capítulo 3

Todos los batallones se habían asentado en las ciudades próximas a la frontera y nuestra unidad era la “cabeza de playa”; luego de semanas de escaramuzas, no tuvimos más alternativa que replegarnos y dispersarnos entre los bosques montañosos, hasta que finalmente llegaron nuestros refuerzos. Fueron muchos los muertos que quedaron dispersos sobre el campo, y faltaban medios para trasladar a todos los heridos. Ahí encontré todo el valor que no tuve al enfrentarme esa noche con Esteban. En efecto, fui uno de los pocos de la unidad que se salvaron.

Pero la guerra no solo había traído muerte y desolación en el frente; el hambre y la enfermedad se habían dejado caer en los pueblos más cercanos al conflicto. Mucha gente cayó enferma, y pese al esfuerzo de don Jonás, no pocos fallecieron. Los primeros en contagiarse fueron sus padres.

“...El padre de Antonia murió a los cuatro días y doña Sofía, su madre, logró resistir algo más de una semana. Antes de ayer la enterraron. El maldito de Esteban ni siquiera la acompañó en ese momento de tanto dolor y sufrimiento.

Pero no es todo esto que te cuento lo que me motivó a escribirte. Antonia me hizo jurar sobre la cruz que no te buscaría jamás, y menos te contaría sobre la existencia de tu hija, Sofía. Sin embargo, hay cosas que están por sobre cualquier circunstancia. Esta mañana, he ido a verla para darle mi pésame, y la encontré afectada por la fiebre; he comenzado a tratarla de inmediato, sin embargo creo que es absolutamente necesario que vuelvas. No sé que pueda pasar con tu hija si Antonia no está; Sofía no se puede quedar solo con Esteban...”

El corazón se me detuvo. No sabía qué hacer. Mi cuerpo no respondía bien; la señorita Silverstein me instaba a esperar un poco más — “¡no debes moverte aun! Espera un par de días por favor...” — pero la sola perspectiva de perder a Antonia y dejar a Sofía en manos del desgraciado de Esteban, me nublaba la razón. Tal como dijo don Jonás, hay cosas que están por sobre cualquier circunstancia.

Comenzaba a caminar por la Rue du Soleil, avenida en donde se había instalado todo el comercio desde hacía más de trescientos años, cuando una voz profunda, gélida y distante me devolvió al presente.

—¿Qué haces de vuelta por acá?

—¿Esteban? Claro...también es un gusto volverte a ver después de

tanto tiempo.

— No tienes nada que hacer en este pueblo ¿por qué no tomas tus cosas y vuelves por donde llegaste? — me dijo Esteban en un tono desafiante. El brillo de sus ojos delataba la furia acumulada.

— He vuelto por Antonia. No te la mereces, y ella no merece vivir con un bastardo como tú. He venido por ella y por mi hija — dije mientras escarbaba en mi morral en busca de la carta de don Jonás.

— ¿Tu hija? Déjate de estupideces...es un poco tarde para eso. Ya te lo dije, toma tus cosas y ándate. Acá no hay nada para ti. Antonia es mi mujer y nadie te espera. ¿Cómo te lo tengo que decir?

— No me iré hasta hablar con ella, hasta conocer a mi hija ¡Déjame pasar! — le di un empujón y continué mi camino.

No alcancé a avanzar un par de metros cuando Esteban me detuvo sin necesidad siquiera de tocarme — Pierdes el tiempo. Antonia y Sofía están muertas. Olvídate de ellas.

— ¡Es mentira! — Esperaba que no fuera más que un desesperado intento para que renunciara a ellas.

— Es cierto. Don Jonás hizo lo que estuvo a su alcance, pero no fue suficiente. Esta vez no fuiste tú quien me quitó a Antonia — el brillo de sus ojos se apagó lentamente.

Mientras Esteban hablaba, sentí que me faltaba el aire. Un frío vértigo se apoderó de mi cuerpo. Una espesa bruma se atravesó frente a mis ojos, y dejé de ver cuanto estaba a mi alrededor. A tropezones, comencé a andar sin un rumbo fijo...primero caminando, luego corriendo, Me faltaba el aire. Corrí...corrí, desesperado, sin un rumbo fijo; las palabras de Esteban daban vueltas por mi cabeza y oprimían mi corazón. En un momento, pensé en volver y decirle que todo era una mentira, que sabía que lo decía solo para herirme, o peor aún, solo para que me diera media vuelta y desapareciera de su vida y la de Antonia. Cuando pude volver a ver, solo la luz del campanario de la Iglesia competía con el brillo de las pocas estrellas que quedaban alrededor del amasijo de nubes.

## Capítulo 4

Ya no habían edificios a mi alrededor, solo una larga hilera de árboles que terminaban en un muro. Al centro del muro, una enorme arcada de ladrillos muy antiguos, corroídos por el paso del tiempo y de los elementos marcaba la entrada; la parte superior, un domo terminado en punta coronaba la construcción; una reja de fierro forjado con un portalón de barrotes clausuraba el paso, sin embargo no tenía picaporte. ¿Por qué estaba ahí? ¿Quién había controlado mis pasos con tal precisión?...sobre el portalón, también en fierro forjado, se leía "Cementerio de St. Paul".

Tras pasé el portal y caminé por el pasillo central del campo santo. Las lápidas comenzaban a brillar con la tímida luz del amanecer; placas y estructuras de mármol y piedra, cruces, figuras de santos con sus alas extendidas mirando al cielo y otras evocaciones sacras adornaban los patios.

Al final del camino, un muro de árboles cortaba la vista. Solo un pequeño portal indicaba el patio judío. Era como si unos y otros no quisieran mirarse ¿no eran dignos de descansar juntos? El panorama era muy distinto. Lápidas de piedra con inscripciones en hebreo luchaban contra la gravedad; unas al lado de otras, casi sin poder diferenciarse entre ellas — "¿Cómo reconocen a sus muertos?" — pensé.

Antes de cruzar, al costado de un antiguo mausoleo, un conjunto de lápidas me llamó la atención. Al leer la inscripción de las dos primeras, entendí que todo era verdad; eran las tumbas de los padres de Antonia. Tuve miedo de seguir leyendo; no quería saber de quien eran las otras dos tumbas. Pensé en darme la vuelta y volver corriendo; salir del lugar y olvidarme de todo. No, no me podría olvidar jamás, menos aún si no lo confirmaba con mis propios ojos.

Al final, todo lo que decía el maldito Esteban era cierto. No recuerdo cuanto tiempo estuve parado mirando el mármol pulido; inscripciones labradas sobre la piedra, fechas de nacimiento y muerte, nombres tan familiares...perdí completamente la noción del tiempo. No me pude mantener en pie. Caí de rodillas frente a las pálidas lápidas. Comencé a llorar, primero tímidamente tratando de contener las lágrimas que me nublaban la vista, luego con desesperación. No recuerdo cuanto tiempo estuve ahí. Primero arrodillado, luego tendido sobre las dos últimas tumbas.

Recién amanecía cuando deshice el camino andado. Salí del lugar con paso decidido y retomé hacia la colina por la que había llegado. No tenía nada que me atara a ese lugar. El brillo de la luna fue reemplazado por una tímida luz que se adivinaba detrás de grandes nubes enroscadas; la lluvia comenzaba a caer; los campos de alfalfa y los arboles que marcaban



mi camino se mecían tratando de sacudir el agua a mi alrededor. Las gotas brillaban como perlas sobre hojas y flores. Era un escenario cargado de tristeza y melancolía.

Mientras miraba el paisaje, no reconocí el lugar. No reconocí esa luz. No reconocí esas nubes. Todo era distinto. La noche estrellada se había perdido. Se había perdido junto a Antonia y Sofía.